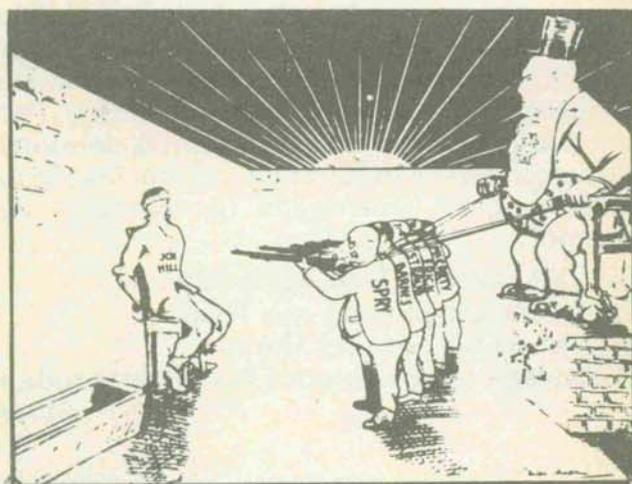


Vida y muerte de Joe Hill

LA organización de los I.W.W. («Industrial Workers of the Work») se funda en Chicago en 1905, siendo su orientación ideológica claramente anarcosindicalista. Anteriormente a ella, la principal organización estadounidense de trabajadores es la A.F.L. («American Federation of Labor»), creada en 1886, procedente de la vieja escisión del «Socialist Labor Party» en 1877. La principal diferencia entre la I.W.W. y la A.F.L., a nivel formal, es que mientras la primera desea y apoya la organización sindical entre todos los trabajadores, sin discriminación alguna, la A.F.L. buscaba única y exclusivamente la mejora de los obreros a nivel salarial y se fijaba primordialmente en los trabajadores especializados, marginando al resto, del cual un buen porcentaje lo constituían las grandes masas de inmigrantes europeos en los últimos años del siglo XIX y primeros del actual.

Joseph Hillstrom fue uno de estos inmigrantes. Procedía de Suecia, donde había nacido el 7 de octubre de 1879, concretamente en Gavle, un pueblecito de la costa Este del país, pequeño puerto de mar. El nombre familiar era, en realidad, Hagglund, pero él adoptó el de Hillstrom poco después de llegar a los Estados Unidos, en 1901.

Desde la edad de diez años, Joe Hill —como sería conocido posteriormente entre propios y extraños— trabajó en los más diversos oficios. Al llegar a América, a los veintidós años de edad, desembarca en Nueva York, y en aquella zona permanece durante doce meses, ocupándose en lo que puede y llegando incluso a «interpretar» al piano en un destartalado salón. Más tarde, al igual que muchos otros inmigrantes, se dirige hacia el Oeste del país, trabajando en las minas de cobre, en los ferrocarriles, en los campos de trigo, y, ya en California, en los muelles e incluso como eventual marinero en las rutas del Pacífico. Durante una estancia en San Pedro, en 1910, Joe Hill conoce a los «wobblies» —denominación popular de los militantes en el I.W.W.— y, poco después, se une a ellos.



Joe Hill fue condenado a muerte por un crimen que nunca se probó satisfactoriamente que hubiera cometido. Un Jurado parcial decretó su «asesinato legal», respondiendo a la fuerte campaña conservadora contra el sindicalista. Ralph Chaplin vio así su fusilamiento, responsabilizando de él a la Utah Board of Pardons.

Dicha organización editaba periódicamente un pequeño libro rojo de canciones («Little Red Song Book»), con un subtítulo muy expresivo: «Canciones para avivar las llamas del descontento». Allí se recogían las tonadas populares que se cantaban en los mítines y reuniones de obreros, y las letras que nuevos y espontáneos voceros, improvisados compositores a veces, trasplantaban a esas melodías. Con cada nueva edición del folletito se iban renovando sus contenidos, desapareciendo las canciones menos actuales y peor acogidas por la audiencia, en favor de las más candentes o de mayor vigencia y éxito popular. Algunos militantes sindicalistas, y entre ellos Joe Hill muy pronto, tuvieron como labor específica la de crear nuevas canciones y la de hablar en ellas de los muchos problemas de la clase proletaria. Hill no fue el único: formaba parte de una organización, de un movimiento. Algunos nombres del mismo han trascendido a nosotros: Ralph Chaplin, T-Bone Slim, Ethel Comer, Richard Brazier, Laura Payne Emerson, entre otros muchos. Pero Joe Hill fue el más distinguido, el más tenaz, y el más prolífico de estos compositores. Quizá no el mejor, ni el

más dotado musicalmente —sus conocimientos a este nivel eran más bien limitados y escasamente fomentados mediante un aprendizaje—, pero sí el que una mayor y más continua obra desarrolló: en 1911 compuso «Casey Jones, The Union Scab», posiblemente la primera canción de la Historia contemporánea con autor conocido. Y, a partir de entonces, al menos otras 25 canciones se pueden atribuir con seguridad a él, aunque es muy posible que compusiese otras muchas. Entre las más difundidas de ellas, se encuentran: «The Preacher and the Slave» (también conocida como «Pie in the sky»), en una vena satírica anticlerical; «Rebel girl», compuesta en prisión y dedicada, a través de su camarada Elizabeth Gurley Flynn, a todas «las mujeres rebeldes del mundo»; y la titulada «Workers of the world, awaken!», de nombre suficientemente explícito. Asimismo, su «último deseo», escrito en la cárcel pocas horas antes de morir, como respuesta indirecta a instancias de un periodista, ha traspasado las barreras del tiempo:

**«(...) Mi deseo es fácil de decidir,
Porque no tengo nada que legar
Mi piel no necesita ser llorada.
«El musgo no se adhiere a las piedras rodan-
[tes].**

**¿Mi cuerpo?: Si pudiera escoger
Lo reduciría a cenizas
Y dejaría que las brisas arrastrasen
Mi polvo a donde crecen las flores.**

**Quizás alguna brotaría de nuevo,
Volvería a la vida y florecería.
Este es mi último y final deseo,
Buena suerte a todo el mundo».**

La película del director sueco Bo Widerberg, «Joe Hill», que se proyecta actualmente en España tras una prohibición de cinco años, refleja con bastante fidelidad la vida y trayectoria de este trabajador-compositor inmigrante. Hay dos aspectos, no obstante, que en la cinta no quedan suficientemente explicitados desde un punto de vista histórico, aspectos, por lo demás, de relevante importancia:

1) El homicidio de un tendero imputado a Joe Hill, por el cual un jurado del Estado de Utah le condenó a muerte. Ciertamente, aun hoy día no se conocen con detalle las circunstancias que rodearon a ese turbio suceso, y la película, desde luego, no las desvela. Más bien, pasa por encima de ellas, en un excesivo afán objetivista, rayano en la neutralidad más aséptica. Pues si bien es cierto que estos hechos permanecen inaccesibles y misteriosos, lo que está probado históricamente es: a) que



La película «Joe Hill», del director sueco Bo Widerberg, que se proyecta actualmente en España tras una prohibición de cinco años (y de la que vemos un fotograma), refleja con bastante fidelidad la vida y trayectoria de este trabajador-compositor, inmigrante en USA.



Cabecera de «Solidarity» —en la que se observa que esta palabra se halla formada por letras que son también instrumentos de trabajo—, órgano de la I.W.W. («Industrial Workers of the Work»), de orientación ideológica claramente anarcosindicalista y a la que Joe Hill pertenecía.

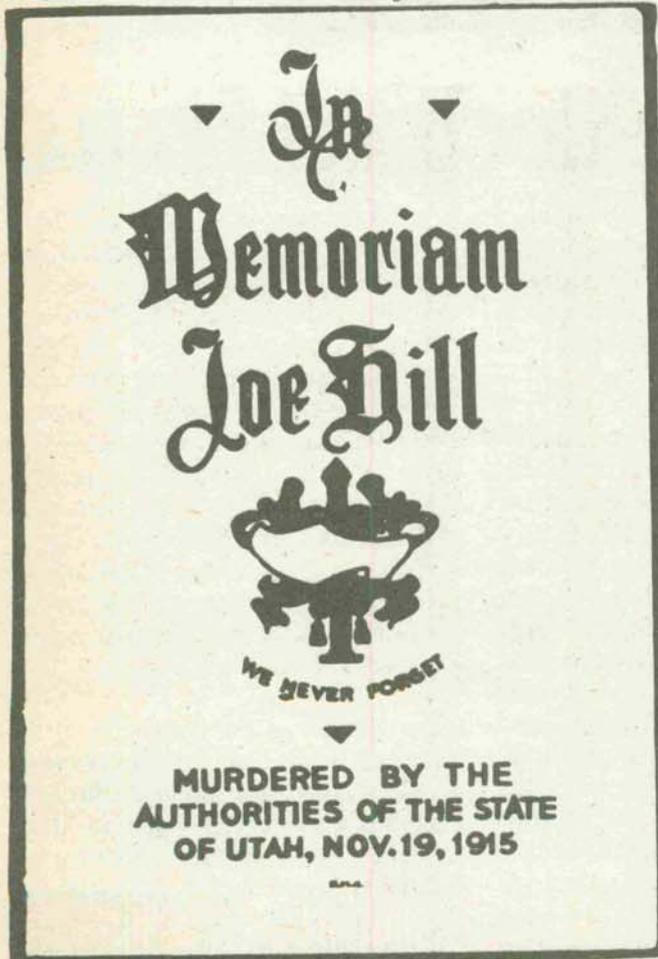
el inculcado negó una y otra vez su participación en el supuesto homicidio; b) que El Jurado encargado de decidir un veredicto era absolutamente parcial y estaba, además, sometido, mediante la Prensa conservadora, a una fuerte campaña de desprestigio contra el sindicalista; c) que ciertos documentos y testimonios del proceso, favorables a Hill, desaparecieron «imprevisiblemente» de la oficina judicial del Jurado de Distrito del Condado de Salt Lake; y d) que nunca se probó, sin un considerable grado de reservas razonables, el crimen imputado, y que el principal testimonio en su contra fue el del hijo de la víctima, un

muchacho de corta edad sometido a un fuerte estado de nerviosismo y excitación.

2) La utilización de las cenizas del incinerado Joe Hill por sus camaradas sindicalistas, expandidas al viento, según deseaba el propio mártir, si bien mediante un método que seguramente él no hubiera aprobado: en cartas cerradas, dirigidas a numerosos puntos del mundo. En la película se aprecia una cierta amargura irónica y una crítica solapada a la utilización realizada con fines políticos de una figura pública, como en aquel momento era Joe Hill. Recordemos que, durante los veintidós meses que transcurrió en la prisión de Utah, su caso fue muy debatido, solicitándose en varias ocasiones, y por parte de destacadas figuras y personalidades (incluso el presidente Wilson, el Gobierno sueco, el embajador de aquel país en Washington, W.A.F. Ekengren, y numerosas organizaciones sindicalistas, incluida la A.F.L.), la revisión de su condena y su posterior libertad... Pero, en cualquier caso, no está claro que éste fuera el auténtico final de las cenizas de Joe Hill, y de que existiese dicha manipulación de su último deseo, al menos de una forma atribuible a una dirección de partido o sindicato.

Otros aspectos de la historia de Joe Hill y de su entorno sociopolítico quedan igualmente en la cinta subvalorados o minimizados, en favor de un acercamiento mucho más personal, rozando lo mítico, a la figura de este nombre. Con un impecable estilo narrativo, el director de «Elvira Madigan», a caballo entre la épica y la lírica, logra momentos espléndidos en su cinta, a nivel exclusivamente cinematográfico, momentos de gran ternura, sensibilidad y emoción. Pero el tratamiento histórico de la figura de Joe Hill es, a nuestro parecer, insuficiente, incompleto y limitado. Evidentemente, en hora y media de filmación, la compleja vida de un hombre y sus interrelaciones a todos los niveles es prácticamente imposible de recoger. Y si bien algunas de las líneas maestras de la trayectoria de Joe Hill quedan perfectamente dibujadas, no ocurre lo mismo con ciertos aspectos, como los arriba señalados. ■

ALVARO FEITO.



«En memoria de Joe Hill, asesinado por las autoridades del Estado de Utah el 19 de noviembre de 1915», podía leerse en esta hoja que anunciaba un homenaje de recuerdo hacia el sindicalista por parte de sus compañeros, a celebrar en Chicago tan sólo seis días después de su injusta muerte por fusilamiento.